

## **Conmemoración a lo Ausente**

Marita Sturken, Catedrática Asociada, Facultad Annenberg de Comunicaciones, University of Southern California.

Se ha dicho frecuentemente que después del 11 de septiembre los norteamericanos se encuentran en una coyuntura histórica y que, en esa fecha, el mundo cambió para siempre partiéndose en un “antes” y en un “después”. Tales comentarios sobre rupturas radicales en la conciencia histórica ya antes han sucedido. En 1924, cuando Virginia Woolf escribió sobre la experiencia de la modernidad, afirmó que “en o cerca de Diciembre de 1910, el carácter humano cambió.” Muchos años después, Theodor Adorno escribió “escribir poesía después de Auschwitz es una barbaridad”, con esto quería decir que la producción cultural nunca sería la misma tras un Holocausto. Existen muy buenos argumentos para rechazar la actual versión del impacto en la historia en la medida en que es una versión regional y particularmente centrada en Estados Unidos, pues otorga a los traumáticos acontecimientos en Estados Unidos más peso que cualquier otro en el resto del mundo. Aún así, persiste el sentimiento que esta fecha será reconocida para siempre como aquella que marca el fin de una era y el comienzo de otra, y así es, 11 de septiembre será recordado como el inicio de un nuevo mundo del siglo XXI.

Se puede atribuir de muchas maneras este antes y después a los aspectos de este acontecimiento tan inesperado y tan inimaginable: la imagen de un avión y

luego otro, colisionando contra las torres gemelas en el Centro Mundial del Comercio, y la impresión de los edificios derrumbándose de una manera tan rápida e sin control. Si bien millones de testigos presenciaron a través de la televisión, desde Manhattan, Brooklyn, New Jersey y en toda la nación y el mundo entero, la impresionante imagen del impacto de un avión, ésta fue reemplazada por otra igualmente inolvidable, la ausencia de las torres gemelas en el horizonte, la desaparición de dos enormes edificios anclados en el sur de Manhattan. Cuán instantáneamente esas dos torres cambiaron de significado, cuando nunca antes significaron tanto como ahora que están ausentes. Cuando el Centro Mundial del Comercio estaba en pie, adquirió muchos significados durante casi treinta años: la locura de proyectos de construcción de edificios públicos sobredimensionados, las banales torres de cristal de la época de los decadentes años de la modernidad, el símbolo del turismo de Nueva York y luego la arrogancia del capitalismo norteamericano. Pero, una vez derrumbadas, su ausencia habla más profundamente de lo que su presencia alguna vez pudo. Mirar al horizonte ahora es experimentar la impresión de su ausencia; todas las imágenes de las torres conmueven de tal manera que era inimaginable antes del 11 de septiembre.

Frente a su ausencia, especialmente una ausencia tan violenta e trágicamente provocada con el costo de tantas vidas, las personas sienten la necesidad de crear una presencia de algún tipo, y debido a esto, las preguntas sobre el monumento conmemorativo han surgido tan rápidamente después del atentado. Parecía como si las personas hablaran de conmemoraciones el día siguiente, cuando aún se desconocía las cifras y los nombres de los desaparecidos y la

búsqueda de sobrevivientes era aún el foco de la atención nacional. Podemos preguntar, ¿qué está detrás de este apuro por conmemorar y hablar de conmemorar? ¿Pueden imaginarse a las personas hablar de monumentos conmemorativos después de la destrucción del Warsaw Ghetto, o de la bomba de Hiroshima? ¿O acaso los ciudadanos de Ruanda hablaron de conmemoraciones después de las masacres que mataron a cientos de miles de personas? A lo largo de la historia, la conmemoración colectiva y pública se ha llevado a cabo después de un tiempo. Después que se han declarado las guerras, pueblos, ciudades y naciones han construido monumentos para nombrar a los fallecidos y aquellos que se sacrificaron. Los monumentos conmemorativos se concentraron en personajes históricos como Lincoln, Jefferson y Roosevelt muchas décadas después de su muerte. Muchos de los monumentos conmemorativos en Estados Unidos tardaron muchos años en ser construidos, cada uno fue el resultado de conflictos burocráticos y agendas contradictorias. Aunque es verdad que en años recientes, estos procesos se ha acelerado. El Monumento a los Veteranos de Vietnam fue construido siete años después del fin de la participación de los Estados Unidos en la guerra, y aún entonces, se le consideró tardío. El Monumento Nacional a la Ciudad de Oklahoma fue abierto cinco años después de la bomba de abril de 1995 que mató a 168 personas, y en cierta manera se aceleró la apertura del monumento por la presencia de un grupo poderoso de familiares y sobrevivientes que participaron en el proceso de la conmemoración. Ahora la pregunta de la creación del monumento conmemorativo al 11 de septiembre se ha enfocado en lo que se llama “zona cero” en la ciudad de Nueva York, opacando por completo los

lugares destruidos en el Pentágono y el Oeste de Pensilvania, aclarando que este lugar es el centro simbólico de la tragedia.

En 1984, el filósofo Michel de Certeau escribió en su ensayo “Caminando por la Ciudad” que la plataforma de observación del Centro Mundial del Comercio promovía una vista de la ciudad desde los ojos de Dios que cumplía “un deseo de ser un punto de vista y nada más”. De Certeau contrastó esta visión (en el que “la masa gigantesca [la ciudad] es inmovilizada ante nuestros ojos”) con los múltiples actos significativos que se realizan al nivel de la calle, con “los discursos” de los peatones que dan significado al paisaje urbano de la ciudad.<sup>1</sup> En muchas maneras, las discusiones que han tomado lugar sobre cómo conmemorar los acontecimientos del 11 de septiembre en la Ciudad de Nueva York han sobrepasado esta visión dividida de la ciudad (el contraste entre los rascacielos con torres y los pequeños actos de significado creados en el nivel de la calle). En este sentido, el recuerdo de este acontecimiento ya indica las visiones contradictorias de rituales de dolor más íntimos del carácter monumental e individual.

Mucho de la discusión sobre la conmemoración ha surgido por la ausencia de la vista desde los ojos de Dios desde el Centro Mundial del Comercio y el hueco que queda en el horizonte de Nueva York. Las discusiones sobre qué hacer con el lugar están ligadas inevitablemente con los sentimientos de preocupación sobre lo que la ausencia del Centro Mundial del Comercio significa, es decir, la creencia que dejar el horizonte sin su forma es una expresión de debilidad y derrota (hasta

donde sé, el New York Times fue el único medio escrito que recordó que el Centro Mundial del Comercio ya tenía un monumento conmemorativo en él [ahora perdido en los escombros] a las seis personas que murieron en la explosión de la bomba de 1993).<sup>2</sup> Sorprendentemente, un grupo de arquitectos modernos como Phillip Jonson y Robert Stern y el conservador de MoMA architecture, Terrence Riley se adelantaron al aceptar la idea que las dos torres deberían ser reconstruidas tal y como eran, citando a Bernard Tschumi, el Decano de la Facultad de Arquitectura de Columbia, solo “más grandes y mejores”<sup>3</sup> (una idea que no considera algunos principios psicológicos: Nadie querría trabajar en el blanco de otro golpe terrorista; así como cierta ignorancia económica e histórica (las torres fueron construidas con el dinero de los contribuyentes por una institución pública en una época en que los fondos gubernamentales eran diferentes) y sin considerar la seguridad (los rascacielos muy altos son obviamente difíciles de evacuar). Sólo los arquitectos Elizabeth Diller y Ricardo Scofidio comentaron sobre el poder de la transformación del horizonte con el mensaje: “No construyamos algo para arreglar el horizonte, tiene mucho más poder dejarlo así. Creemos que sería trágico borrar lo desaparecido).<sup>4</sup>

Sin embargo muchos de los conceptos de conmemoración que se han presentado en las últimas semanas han sido especialmente sobre la conmemoración de las torres en sí. Philippe de Montebello, director del Museo Metropolitano de Arte sugirió que el fragmento recortado del edificio que colgaba en la destrucción debe preservarse y formar parte de un monumento.<sup>5</sup> De hecho, éste ha sido un aspecto de muchos de los monumentos en el pasado (especialmente el del Parque

Conmemorativo a Hiroshima por la Paz, que incorpora las ruinas de las estructuras de un edificio, y muchos monumentos a la Segunda Guerra Mundial como la Catedral de Coventry en Inglaterra, que habla de la historia en la preservación de las ruinas de estructuras destruidas. Para muchos, estos monumentos utilizan fragmentos del pasado para transportar una advertencia y un mensaje amargo sobre la capacidad humana para la violencia. Para De Montebello, este fragmento no sólo fue el ícono de la supervivencia, sino ya una “obra maestra” (no sólo), sospechamos porque ha creado la imagen evocadora de una ruina moderna, pero también porque ya luce como una obra de arte.

Otros han volteado la mirada hacia la sombra de la presencia de las torres en el horizonte por inspiración. Art Spiegelman creó una portada del New Yorker en el que casi no se podía ver a las torres, sólo como sombras negras en la oscuridad, una imagen fantasmal en su familiaridad sombría. Más recientemente, las Torres de Luz, una colaboración de dos grupos de artistas y arquitectos para recrear las torres gemelas en la luz, ha recibido atención y apoyo impactantes.<sup>6</sup> Como era de imaginarse, la luz creará “torres fantasmas” como velas votivas que parecen alcanzar los cielos. Lo que hace a este proyecto convincente es su capacidad de trazar la sombra del recuerdo de las torres, para evocar tanto su presencia como ausencia, y la fugacidad del proyecto en sí (que también se convertirá simplemente en un recuerdo que no intentará reemplazar las torres sino solamente evocarlas temporalmente, y por lo tanto evocar la vida antes del 11 de septiembre).

Esta preocupación por la conmemoración de las torres gemelas ha desplazado hasta cierto punto la profunda pérdida de vidas. Al final, cualquiera que sea el monumento que se construya ahí, en la Zona Cero será un monumento no para las torres gemelas del Centro Mundial del Comercio sino para las personas comunes cuyas vidas fueron arbitrariamente atrapadas en la historia del 11 de septiembre, y cuyos cuerpos están perdidos para siempre. El hecho que este lugar no escapa a ser un panteón debe ser un factor considerado para el diseño de cualquier monumento conmemorativo. Es mucho más probable que la decisión de construir el monumento se enfocará al final no en el hecho de reemplazar la vista en el horizonte sino en rendir homenaje a las personas que ahí murieron.

Esta marca de las personas ya ha sido parte de los rituales para aquellos que han muerto el 11 de septiembre, con las listas de los desaparecidos publicadas en avisos de páginas enteras por compañías y en los retratos de cada uno que aún se publican en el New York Times. Sin embargo, los afiches de los desaparecidos fueron los primeros que cambiaron el paisaje urbano de la ciudad en un espacio para el recuerdo. Se hicieron rápidamente volantes con fotografías y las descripciones fueron colocadas en los hospitales cercanos, centros de rescate y en las calles del sur de Manhattan, la información de cada afiche empezaba con información como una declaración de estadística personal (fecha de nacimiento, lugar de trabajo, ropa que vestía, donde fue visto por última vez, rasgos físicos personales) lo que era un llamado desesperado para el reconocimiento de la pérdida de una persona. Inicialmente eran mensajes de esperanza, pero rápidamente se convirtieron en mensajes de pérdida. Las fotografías se

convirtieron pronto en artículos de una inocencia anterior, cada imagen testimonia un tiempo “anterior” cuando aquellos fotografiados no pudieron imaginar lo inimaginable ni tampoco pudieron imaginar el talismán en el que la fotografía podría convertirse, llevando la creencia apremiante que el ser querido no se ha ido sino simplemente se ha perdido.

Estos afiches fueron las primeras etapas de actos de duelo y de recuerdo individuales y pequeños que se llevaron a cabo por toda la ciudad. Ritos individuales de duelo y tributos a los fallecidos (como dejar objetos, mensajes y flores o la construcción espontánea de santuarios) se realizaron fuera del país por décadas en cementerios, santuarios en carreteras y se convirtieron en un aspecto de la cultura nacional cuando los visitantes del Monumento a Vietnam empezaron a dejar cosas ahí. En el lugar de la bomba de la Ciudad de Oklahoma, las personas fueron atraídas a ir al lugar desde el principio para mirar la destrucción y empezaron a dejar cosas en una cerca metálica: fotografías, llaveros, placas de rodaje, polos con los nombres escritos en ellos, y tributos a los que ahí murieron. La cerca fue luego publicitada por los medios y fotos, y cuando el monumento fue terminado, fue incorporada en el diseño del monumento.

En la ciudad de Nueva York, monumentos pequeños y espontáneos surgieron por la ciudad, en el Union Square Park y en las numerosas estaciones de bomberos, y de manera más extensa en muchas páginas web, en la medida que las personas sentían la necesidad de realizar un tipo de ritual para mostrar su pérdida. Dejar flores y encender velas son actos declarativos que también sirven para

individualizar la muerte. Como tales, estos objetos y mensajes se resisten a la transformación de la identidad individual de las víctimas en una subjetividad colectiva, y entonces resisten a la subjetividad masiva del desastre en general. La destrucción del Centro Mundial del Comercio, como los acontecimientos que provocaron heridas a las masas ha creado una imagen de herida en un cuerpo masivo, lo que Michael Warner define como “un cuerpo ya abstraído” que es simbolizado por la imagen de las torres destruidas.<sup>7</sup> Warner sostiene que “el cuerpo masivo de desastres como desastres naturales, desastres aéreos e inevitablemente actos terroristas de destrucción masiva, está representado como una entidad singular. Los pequeños gestos de recuerdo frente a la destrucción masiva son intentos por prevenir la absorción de la muerte de un individuo en una imagen más grande y singular.

Los monumentos espontáneos que reconfortan a las personas después de los eventos traumáticos a menudo son codificados durante un tiempo, e inevitablemente desaparecen o son regulados como parte de los monumentos conmemorativos oficiales. Las cartas y objetos dejados en el Monumento a los Veteranos de Vietnam, muchos de los cuales son mensajes escritos y anónimos para los fallecidos al parecer dejados por los veteranos de Vietnam, son ahora colocados inevitablemente en bolsas de plástico juntadas al final del día por el Servicio del Parque Nacional y relegados a un archivo gubernamental. El Monumento a la Ciudad de Oklahoma, que se ha convertido en uno de los mayores destinos turísticos, ya tiene un enorme archivo, un elaborado grupo de disposiciones regula la colocación de objetos en las sillas del monumento y la

cerca metálica. Antes de llegar a estos lugares, las personas ya conocen el papel que tienen los objetos de recuerdo. En Nueva York la cobertura de los medios de estos rituales de duelo ya ha empezado a transformarlos en lugares de curiosa fascinación y documentación turística.<sup>8</sup>

Los monumentos nacionales más exitosos han sido aquellos que permiten a los visitantes una amplia variedad de interacciones y rituales potenciales y mucho más importante, les permite crear un espacio donde las personas pueden hablar con los muertos. Estos monumentos facilitan la conversación con los fallecidos en parte al colocar los nombres de aquellos que murieron, y al hacerlo, los distinguimos como individuos del cuerpo masivo del desastre. En el Monumento a los Veteranos de Vietnam, las personas tocan los nombres y hacen muestras de goma de estos para llevárselos, y dejan objetos y cartas a los muertos con el sentido que los reciban. En el Monumento Nacional a la Ciudad de Oklahoma, cada víctima está representada por una silla de bronce con una base iluminada, ofreciendo un lugar para que las familias visiten y para que los extraños reflexionen sobre el significado de la vida de una persona. Las sillas evocaron de manera efectiva tanto la ausencia del fallecido pues quedan desocupadas, pero su presencia en la medida que las familias vengan a hablar con sus seres queridos.<sup>9</sup>

Últimamente, es importante que cualquier proceso de conmemoración confronte lo que los monumentos hacen bien y lo que no hacen. Los Monumentos Nacionales tradicionalmente han sido construidos con propósitos dobles: actuar como formas de pedagogía sobre las figuras históricas y nacionales dentro de sí, y para honrar

a los muertos. El filósofo Charles Griswood los ha llamado “especies de pedagogía”.<sup>10</sup> Sin embargo esta pedagogía está muy limitada. Los monumentos no enseñan bien la historia, pues su rol es recordar a aquellos que murieron en vez de entender por qué murieron. Podemos visitar el Monumento a los Veteranos de Vietnam y el Monumento Nacional a la Ciudad de Oklahoma sin comprender, por ejemplo, la tensa historia de la Guerra de Vietnam y las razones por las que vidas norteamericanas se perdieron en Vietnam o qué aspectos de la sociedad norteamericana hicieron que la ideología de extrema derecha hiciera explotar una bomba en la ciudad de Oklahoma. Es importante que los lugares que son creados para el duelo de los muertos no generen discusiones sobre por qué esas vidas se perdieron.

Los monumentos que resuenan dentro de una cultura son aquellos que permiten continuar los debates, que no intentan contener la historia ni el recuerdo sino crear un espacio donde son generados en todo su conflicto. El reto en Nueva York será crear un monumento donde una vez estuvo el Centro Mundial del Comercio que nos dé un lugar para llorar a nuestros muertos y donde hablar con ellos, pero que no permita dejar de lado la búsqueda del significado ni la tentativa de cerrar un acontecimiento que no debería y no debe cerrarse.

### **Pie de página**

1 Michel de Certeau, “Caminando por la ciudad”, La práctica de todos los días. Traducida por Steven Rendall (Berkeley: University of California Press, 1984), 91; 92.

2 Jim Dwyer, “El monumento conmemorativo que desapareció”, *New York Times Magazine* (23 de septiembre de 2001), 81

3 “Reconstruirlo o no: Los arquitectos responden”, *New York Times Magazine* (23 de septiembre de 2001), 81

4 Ibid.

5 Phillippe de Montebello, “El poder icónico de una Cosa”, *New York Times* (25 de septiembre 2001), A29

6 Los artistas son Julian La Verdere y Paul Myoda, que trabajaban en un proyecto de arte sobre el Centro Mundial del Comercio antes de los ataques y los arquitectos John Bennett y Gustavo Bonevardi, quien también concibió una idea similar. Ahora están trabajando juntos con apoyo de la Oficina del Alcalde y Creative Time, una organización pública de arte. Ver la portada del *New York Magazine* (23 de Septiembre 2001); “*New York Times Magazine*” actualizado (7 de Octubre de 2001), 12; y la página web de Creative Time.

7 Michael Warner, “El público masivo y el tema masivo”, en el *The Phantom Public Sphere* editado por Bruce Robbins (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993), 248

8 La universidad de Columbia ya ha establecido el Proyecto de Archivos del Centro Mundial de Comercio de la Universidad de Columbia para documentos relacionados al 11 de septiembre.

9 Una familia celebró una boda en el Monumento a la Ciudad de Oklahoma con una fotografía del padre de la novia que murió en la explosión de la bomba, en la silla que lleva su nombre.

10 Charles Griswold, "El monumento a los Veteranos de Vietnam y el Washington Mall: reflexiones filosóficas en la iconografía política ", *Análisis crítico* 12 (Verano 1986), 688- 719

Traducido por Peggy Cornejo

## **Memorializing Absence**

Marita Sturken, Associate Professor, Annenberg School for Communication, University of Southern California

It has been said quite often since September 11 that Americans are standing at a juncture of history, that, on that date, the world changed forever into a 'before' and an 'after.' Such proclamations of radical breaks in historical consciousness have happened before, of course. Writing in 1924 about the experience of modernity, Virginia Woolf stated, "on or about December 1910, human character changed." Many years later, Theodor Adorno wrote, "to write poetry after Auschwitz is barbaric," implying that cultural production would never be the same in the wake of the Holocaust. There are many good arguments to reject the current version of the shock of history insofar as it is a particularly American-centric and provincial one, one that awards traumatic events in the U.S. more historical weight than those in the rest of the world. Yet, the feeling persists, that this date will be forever be understood as one that marks the end of one era and the beginning of another, indeed that September 11, 2001 will be remembered as the beginning of the new world of the 21st century.

In many ways, this before/after can be attributed to the aspects of this event that were so unanticipated, so unimaginable: the image of one plane, and then another, colliding into the twin towers of the World Trade Center, and the shock of the buildings' collapse, so quickly and so controlled. As millions of witnesses watched, from Manhattan, Brooklyn, New Jersey, and throughout the nation and the world on their television sets, the shock of the spectacular image of the plane's impact was replaced by an equally unbelievable image - the absence of the twin towers in the skyline, the erasure of the two massive buildings anchoring lower Manhattan. How instantly had those two towers changed meaning, for never had they signified more than in their absence. Standing untouched, the World Trade Center had been invested with many meanings in its duration of almost thirty years - the folly of oversized public building projects, the banal glass towers of modernity's fading years, the symbol of New York tourism, and, later, the arrogance of American capital. Yet, once fallen, their absence spoke more profoundly than their presence ever could. To look at the skyline now is to experience the shock of absence; all images of the towers have now taken on a poignancy that was, before September 11, unimaginable.

In the face of absence, especially an absence so violently and tragically wrought at the cost of so many lives, people feel a need to create a presence of some kind, and it may be for this reason that questions of memorialization have so quickly followed this event. It seemed as if people were already talking of memorials the day after, when the numbers and names of the missing were unknown and the search for survivors still the focus of national attention. What, we might ask, is behind this rush to memorialize and to speak of memorials? Could we imagine people talking of memorialization after the destruction of the Warsaw Ghetto, or the bombing of Hiroshima? Or, for that matter, that the people of Rwanda talked of memorialization after the massacres that killed hundreds of thousands there? Throughout history, collective and public memorialization has most commonly taken place with the distance of time. After wars have been declared over, towns, cities, and nations have built memorials to name the dead and those sacrificed. Historical figures, such as Lincoln, Jefferson, and Roosevelt, became the focus of memorials many decades after they died. Many of the most important memorials in the United States took many decades to build, each the product of bureaucratic wrangling and conflicting agendas. In recent years, it is true, this process has accelerated. The Vietnam Veterans Memorial was built seven years after the end of U.S. participation in the war, and even then it was considered to be long overdue. The Oklahoma City National Memorial was opened five years after the April 1995 bombing that killed 168 people, and it was in many ways a memorial sped into existence by the presence of a powerful group of family members and survivors who participated in the memorialization process. Now, the question of memorialization of September 11 has focused on what is called "ground zero" in New York City, completely overshadowing the sites of destruction at the Pentagon and in Western Pennsylvania, making it clear that this site is the symbolic center of this tragic event.

In 1984, French philosopher Michel de Certeau wrote in his essay "Walking in the City," that the observation deck of the World Trade Center promoted a god's eye view of the city, one that fulfilled "a lust to be a viewpoint and nothing more." De Certeau contrasted this view - in which "the gigantic mass [of the city] is immobilized before the eyes" - to the many meaningful acts that take place at street level, to the "speech acts" of pedestrians that make meaning of the city's landscape.<sup>1</sup> In many ways, the discussions that have taken place about how to memorialize the events of September 11 in New York City have furthered this split view of the city - the contrast between the towering skyscrapers and the smaller acts of meaning created at street level. In this sense, the memory of this event already indicates the conflicting visions of the monumental and the individual, more intimate rituals of griefs.

Much of the discussion of memorialization has been preoccupied by the powerful absence of the god's eye view from the World Trade Center and the gap that remains in the New York skyline. Discussions about what to do with the site have been tied up inevitably with feelings of concern about what the absence of the World Trade Center signifies, that is, the belief that to leave the skyline absent of its form is an expression of weakness and defeat. (To the best of my knowledge, the New York Times was the only publication to note that the World Trade Center already had a memorial in it that is now lost in the rubble, to the six people who were killed in the 1993 bombing there.)<sup>2</sup> Stunningly, a bevy of modern architects such as Philip Johnson and Robert Stern and MoMA architecture curator Terrence Riley stepped forward to embrace the idea that the two towers should be rebuilt as they were, in the words of Bernard Tschumi, the Dean of Columbia's architecture school, only "bigger and better"<sup>3</sup> - an idea that disregards some basic tenets of psychology (no one would want to work in a new terrorist target) as well as some historical and economic ignorance (the towers were built with public money by a public institution in a very different era of government funding) and disregard for safety (tall skyscrapers are notoriously difficult to evacuate). Only architects Elizabeth Diller and Ricardo Scofidio remarked upon the power of the skyline's transformation as its message: "Let's not build something that would mend the skyline, it is more powerful to leave it void. We believe it would be tragic to erase the erasure."<sup>4</sup>

Yet, many of the concepts of memorialization that have been put forward in the last few weeks have been specifically about memorializing the towers themselves. Philippe de Montebello, director of the Metropolitan Museum of Art, suggested that the jagged fragment of the building that hovered over the destruction should be preserved and form part of a memorial.<sup>5</sup> In fact, this has been an aspect of many memorials in the past - most notably the Hiroshima Peace Memorial Park, which incorporates the skeletal ruins of a building, and many World War II memorials, such as Coventry Cathedral in England, that speak to history in their preservation of the ruins of destroyed structures. For the most part, these memorials use the shards of the past to convey a warning and a bitter message about the human capacity for violence. For de Montebello, this fragment was not only a icon of survival, but already a "masterpiece" - not only, one suspects, because it has created the haunting image of a modern ruin, but because it looks already like a work of art.

Others have turned to the shadow of the towers' presence in the skyline for inspiration. Art Spiegelman created a cover of the New Yorker in which the towers were barely visible as black shadows on black, an image haunting in its somber familiarity. More recently, Towers of Light, a collaboration by two sets of artists and architects to recreate the twin towers in light, has received significant attention and support.<sup>6</sup> As imagined, the light will create "phantom towers" like votive candles that seem to reach skyward. What makes this project compelling is both its capacity to trace the shadow of the towers' memory, to evoke both their presence and absence, and the project's own inevitable ephemerality - that it too will become simply a memory, that it will not attempt to replace the towers but rather only temporarily to evoke them, and hence to evoke life before September 11.

This preoccupation with memorializing the twin towers has displaced to a certain extent the profound loss of life that took place there. In the end, whatever memorial is built on the site of Ground Zero will be a memorial not to the twin towers of the World Trade Center but to the ordinary people whose lives were arbitrarily caught up in history on September 11, and whose bodies are

lost there. The fact that this site is inescapably a graveyard must factor into any memorial design. It is most likely that the push for a memorial will focus eventually not on replacing the skyline but on rendering present the individuals who died there.

This marking of the individual has already been a part of the rituals surrounding those who died on September 11, with the lists of those lost published in full-page ads by corporations and in the ongoing portraits of each one in the New York Times. However, it was the posters for the missing that first transformed the cityscape into a space for remembrance. Flyers hurriedly made with photographs and descriptions were posted near hospitals, rescue centers, and on the streets of lower Manhattan, each reading first like a declaration of personal statistics - date of birth, place of work, clothing worn, where last seen, and unique physical characteristics - that was a desperate call for recognition of the individual lost. These were initially messages of hope, yet they became very quickly messages of loss. The photographs soon became artifacts of prior innocence, each image testimony to a time "before" when those photographed could not have imagined the unimaginable - nor for that matter could they have imagined the talisman that the photograph itself would become, conveying the pressing belief that a loved one is not gone but simply "lost."

These posters were the first stage of many small, individual acts of mourning and memorialization that have taken place throughout the city. Individual rituals of mourning and tribute to the dead, such as leaving objects, notes, and flowers and spontaneously building shrines, have been practiced outside of the national arena for many decades at cemeteries or at road-side shrines and became an aspect of national culture when visitors to the Vietnam Memorial began to leave things there. At the bombing site in Oklahoma City, people were drawn to the site from the beginning to look at the destruction and they began to leave things at a chain-link fence there: photographs, key chains, license plates, T-shirts with names written on them, and tributes to those who had died. The fence was then publicized in media accounts and photos, and when the memorial was completed, it was incorporated into the memorial's design.

In New York City, small and spontaneous memorials sprang up around the city, in Union Square Park and at numerous fire stations, and more widely on numerous web sites, as people felt the need to perform some kind of ritual to mark their loss. To leave flowers, write messages, and light candles are declarative acts that also serve to individualize the dead. As such, these objects and messages resist the transformation of the individual identity of the victims into a collective subjectivity, and thus resist the mass subjectivity of disaster in general. The destruction of the World Trade Center, like all events of mass injury, has created an image of injury to a mass body, what Michael Warner defines as "an already abstracted body" that is symbolized by the image of the destroyed towers.<sup>7</sup> The mass body of disasters, Warner writes, such as natural disasters, airline disasters, and, inevitably, terrorist acts of mass destruction, is represented as a singular entity. The small gestures of remembrance in the face of mass destruction are attempts to prevent the absorption of the individual dead into a larger, singular image.

Spontaneous memorials that provide comfort to people in the aftermath of traumatic events often become codified over a period of time, and, inevitably either fade away or become regulated when part of official memorials. The letters and objects left at the Vietnam Veterans Memorial, many of which are quite cryptic and anonymous messages to the dead presumably left by Vietnam veterans, are now placed almost immediately in plastic bags, gathered at the end of each day by the National Park Service, and relegated to a government archive. At the Oklahoma City Memorial, which has become a major tourist destination and already has an enormous archive, an elaborate set of rules governs the placement of objects on the memorial chairs and the chain-link fence. People now know before coming to these sites the role these objects of remembrance play. In New York, the media coverage of these rituals of mourning has begun already to make them sites of curious fascination and tourist documentation.<sup>8</sup>

The most successful national memorials have been those that allow visitors a wide range of potential interactions and rituals, and, most importantly, allow them to create a space where people can speak to the dead. These memorials facilitate a conversation with the dead in part through

naming those who died, and, in so doing, separating them out as individuals from the mass body of disaster. At the Vietnam Veterans Memorial, people touch the names and make rubbings of them to take away, and leave objects and letters to the dead with the sense that the dead receive them. At the Oklahoma City National Memorial, each victim is represented by a bronze chair with a lighted base, providing a place for families to visit and for strangers to reflect on the meaning of an individual life. The chairs effectively evoke both the absence of the dead as they sit unoccupied, yet their presence as well, as families come to speak to their loved ones there.<sup>9</sup>

Ultimately, it is important that any process of memorialization confront what memorials do well, and what they don't do. National memorials traditionally have been built with dual purposes: to act as forms of pedagogy about the nation and historical figures within it, and to honor the dead. Philosopher Charles Griswold has called them a "species of pedagogy."<sup>10</sup> Yet, this pedagogy is highly limited. Memorials do not teach well about history, since their role is to remember those who died rather than to understand why they died. One can visit the Vietnam Veterans Memorial and the Oklahoma City National Memorial without understanding, for instance, the fraught history of the Vietnam War and the reasons why American lives were lost in Vietnam or what aspects of American society gave rise to the right-wing ideology that bombed Oklahoma City. It is important that the sites that are created to mourn the dead do not foreclose on discussions about why their lives were lost.

The memorials that resonate within a culture are those that allow those debates to continue, that don't try to contain history and memory but create a space where they are generated in all their conflict. The challenge in New York will be to create a memorial where the World Trade Center once stood that provides a place to grieve for and speak to the dead, yet which also does not allow for a smoothing over of the search for meaning, or attempt to bring closure to an event that should not and cannot have closure.

#### Footnotes

1Michel de Certeau, "Walking in the City," *The Practice of Everyday Life*. Translated by Steven Rendall. (Berkeley: University of California Press, 1984), 91; 92.

2Jim Dwyer, "The Memorial That Vanished," *New York Times Magazine* (September 23, 2001), 81.

3"To Rebuild or Not: Architects Respond," *New York Times Magazine* (September 23, 2001), 81.

4Ibid.

5Philippe de Montebello, "The Iconic Power of an Artifact," *New York Times* (September 25, 2001), A29.

6The artists are Julian LaVerdiere and Paul Myoda, who were working on an art project about the World Trade Center before the attacks, and architects John Bennett and Gustavo Bonevardi, who had also conceived a similar idea. They are now working together with support from the Mayor's office and Creative Time, a public art organization. See the cover of the *New York Times Magazine* (September 23, 2001); "Update" *New York Times Magazine* (October 7, 2001), 12; and the Creative Time web site.

7Michael Warner, "The Mass Public and the Mass Subject," in *The Phantom Public Sphere*, edited by Bruce Robbins (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993), 248.

8Columbia University has already established the Columbia University World Trade Center Archive Project for documents related to September 11.

9One family held a wedding at the Oklahoma City Memorial with a photograph of the bride's father, who was killed in the bombing, on the chair that bears his name.

10Charles Griswold, "The Vietnam Veterans Memorial and the Washington Mall: Philosophical Thoughts on Political Iconography," *Critical Inquiry* 12 (Summer 1986), 688-719.